

Cultura

Casario, el renacer de un poeta maldito

El Festival de Arte Independiente de Gerona homenajea al escritor y pintor de origen asturiano, fallecido en 1993, autor de un lenguaje poético único entre los de su generación

Oviedo, Eduardo GARCÍA
«Un buen poema quizá sea el lado valiente de un cobarde. O la bala de un sentimental. O la belleza de un imbécil». Lo decía Pedro Casario en una entrevista en 1988, cinco años antes de que decidiera (el verbo está bien puesto) quitarse la vida. Casario, poeta y pintor, uno de los hijos del arquitecto asturiano Pedro Casario Hernández-Vaquero, recibió esta semana en Gerona un homenaje lleno de vitalidad en el Festival de Arte Independiente «Pepe Sales», una de esas citas literarias que, al menos en apariencia, permanece incontaminada, que ya es mérito.

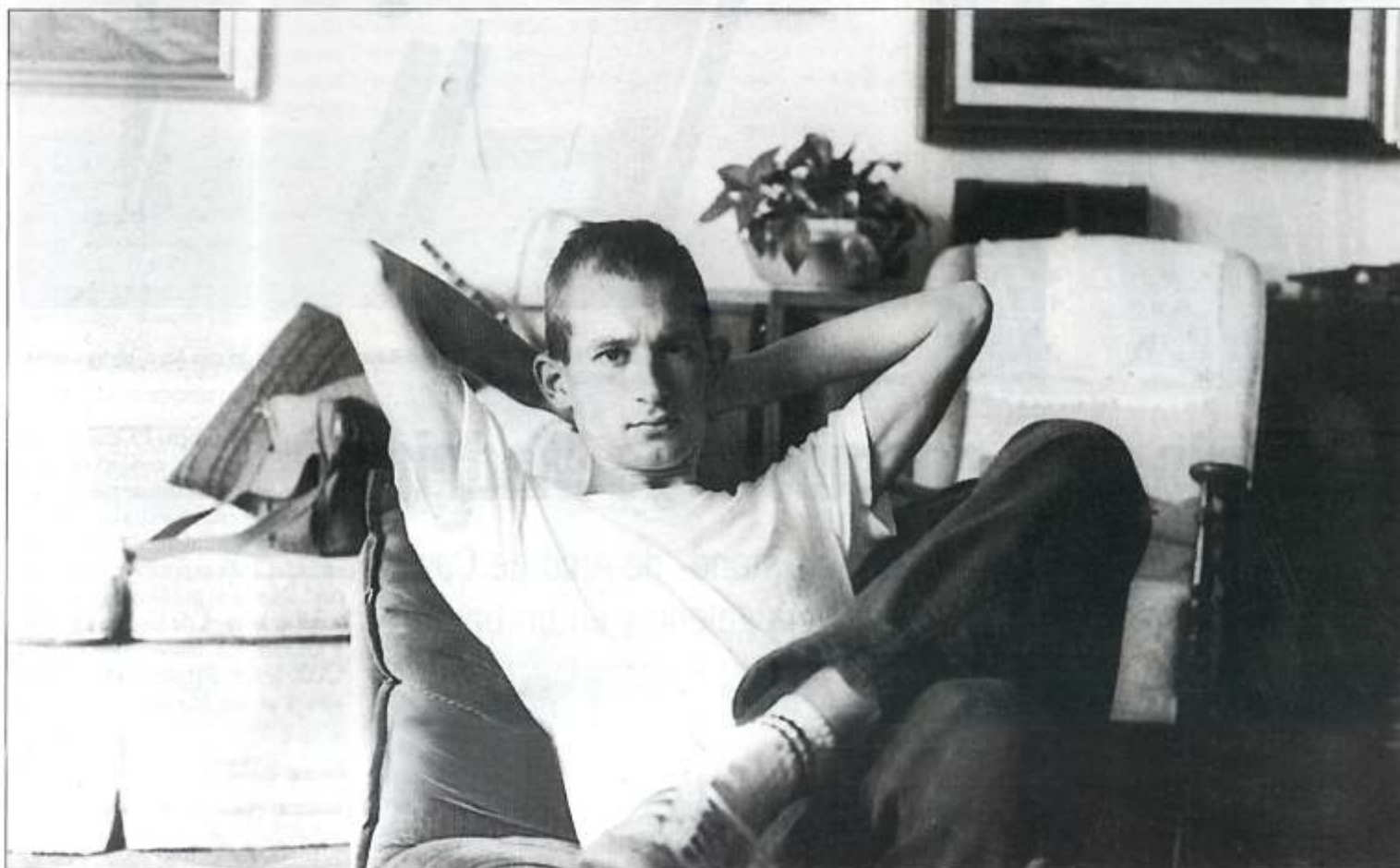
Casario fue un poeta maldito, una personalidad rara, un permanente manantial de ideas y obsesiones cuya poesía, mantenida todos estos años en círculos más bien reducidos, se consolida con el tiempo, con la solidez del cemento. Su extensa familia ha mantenido abierta su página web, la primera que aparece en Google tras teclear Pedro Casario. Firmaba Pe Cas Cor (el «cor» viene de su segundo apellido, Córdoba). Mantener la web, resistir en la memoria, no tiene sólo un objetivo sentimental como afirma uno de sus hermanos, el escritor Martín Casario: «Nosotros creemos que la obra de Pedro va a permanecer. De hecho la mayoría de ella ha sido publicada póstumamente. Hay interés».

Su familia mantiene una web en el convencimiento de que su poesía concita interés y tiene valor

No es una poesía fácil la suya. En ocasiones está teñida de claves de cotidianidad que se escapan al lector que se acerca a ella desde la distancia geográfica y cultural. Pero es una poesía «de alto valor literario, con poemas muy emocionantes. Para muchos será un descubrimiento», dice Martín Casario.

Pedro nació en Madrid en 1955. Comenzó a escribir desde muy joven. «Soy un hombre hurafío, a veces suave y a veces frío y egoísta. Me dan miedo muchas cosas que no le dan miedo a casi nadie. Soy un esquizoide imaginativo, me agota ver a la gente... y he sido capaz de concentrar todos mis sentimientos infantiles en una nube de palabras». Así se veía Casario, un tipo larguillo y espigado, con mirada de bohemio. Parte de su obra acaba de ser traducida al chino, y la directora del Festival «Pepe Sales», Consol Ribas, señala en relación a Casario: «esto no ha hecho más que empezar, que se preparen los tibios».

¿Cómo definir esa obra? Martín



Pedro Casario en 1978.

DOS FRAGMENTOS

¿Dónde está la fruta
para nosotros los débiles?
Caen las naranjas
siempre en otras manos.
¿Por nuestra culpa, madre,
todos esos gajos desprendidos?
Redobla la sangre
en los huertos de abajo
y hay cascadas amarillas
en los bosques de arriba.
¡No hay culpa,
sólo hay herida!
Cristales antibalas los de
nuestras gafas.
¡Guerras hay en todos nues-
tros ojos!
Porque no sabemos mirar, cómo
miráis las madres...

Casario lo aborda desde su cercanía con el poeta y desde su análisis como hombre de letras. «Obra diversa, a veces hermética y a veces muy abierta; en ocasiones con mucho sentido del humor y en ocasiones muy nihilista y desesperada. Merece la pena».

Pedro dejó de escribir pronto tras una década de convulsiones frente al papel. Y empezó a pintar (los genes de su padre y de su abuelo, el pintor asturiano Francisco Casario). Una pintura llena de color y

Quiero pintar de blanco la hierba de la pradera
y el compacto césped que recubre los jardines;
todos pensarán que venció la fuerza del desierto
y yo seré durante años el Dueño de la vida,
dejando que me acaricie la tibieza del sueño alado
y tiñendo al atardecer lo que brotó del rocío;
mi pincel será la cascada cuyo estruendo nunca percibo
y mi pintura las aguas que en ella se enroscan furiosas,
y los que por los aires naveguen
verán surgir la nieve del pecho abierto del verano...

formas irreales, apasionada y un tanto inquietante. Pensaba que el verdadero artista no es el que se muestra y se exhibe «y se convirtió en un poeta que no escribía». Pero la necesidad de expresarse era demasiado fuerte para contenerla, y los pinceles le sirvieron de alternativa. Pedro Casario «estaba orgulloso de considerarse distinto, pero creo que en el fondo anhelaba ser una persona normal», plantea Martín, su hermano. Nunca lo logró... por fortuna.



Casario pintado por Javier Vellés en 1984.

Ángel González hablaba de la obra «insólita» de un «espléndido» poeta

Oviedo, E. G.
Casario se suicidó a lo grande, tirándose a las vías del tren un puñado de horas después de entregarle a su hija pequeña un cuento-texto y dibujos- como regalo de Reyes. «Que Pedro se marchara así entraba dentro de lo posible, no fue algo que nos sorprendiera demasiado», recuerda ahora Martín Casario dan-

do marcha atrás en el tiempo y aterrizando en aquel 1993. Diez años más tarde Seix Barral publicaba «Poemas encadenados 1977-1987», con prólogo del poeta asturiano Ángel González para quien Casario era «un artista intrigante y misterioso», un escritor cuya «incuestionable originalidad no es algo buscado sino que se deriva

espontáneamente de una actitud ante la escritura que, en el panorama de la literatura española de finales del siglo XX, no comparte con nadie».

Para Ángel González, hombre que no repartía elogios fáciles, Pedro Casario dejó «una obra literaria tan insólita como compleja, una obra de un poeta, de un espléndido poeta».